La Dicha Incierta del Amor

EM ARIZA



Los hippies no tenían razón cuando decían aquello de “*haz el amor y no la guerra*”. ¡Créame, no tenían razón! Estaban equivocados.

Piénselo por un momento. ¿No es verdad que al final —salvo honrosas excepciones— lo que comienza como amor termina frecuentemente en guerra para regocijo de abogados? Por tanto, la guerra es algo implícito en el amor, y viceversa. Espere, quizá me esté liando un poco.

Voy a intentar aclararle lo que pretendo decir. He de comenzar por precisar que estos pensamientos comenzaron a surgirme e inquietar, probablemente, como consecuencia de que se había presentado un día tormentoso, y, para colmo, no tenía mi periódico deportivo habitual para acompañar al desayuno consistente en café, zumo de granada, tostadas con mantequilla y alguna bollería fina. Esa ausencia de la prensa solía sumergirme en la melancolía. Claro, es lógico, pues no tenía adonde dirigir la mirada mientras comía, y eso hace que los pensamientos vuelen al no tener algo concreto e importante donde concentrarse.

La cosa es que mientras satisfacía la vital necesidad de comer, comenzó a brotar, a falta de cosa mejor que hacer, otra necesidad no menos vital: la de pensar.

Seguro que en el origen de esos pensamientos tuvo mucho que ver el hecho de que ayer por la tarde, cuando fui a comprar mi periódico deportivo preferido, encontré cerrado el quiosco donde suelo adquirirlo, y el quiosquero había dejado un cartel que indicaba la causa de su ausencia. Dicha causa era la boda de su hermana.

Está bien. Lo comprendí, pues soy un tipo tolerante con los fallos ajenos, a pesar del irreparable daño que me había producido durante el desayuno al no poder leer los titulares deportivos mientras despachaba el zumo de granada y las tostadas. Por todo ello me dio por reflexionar sobre el quiosquero y la hermana, aunque eso me fue llevando poco a poco por otros laberínticos

caminos mentales.

Lo primero que vino a mi cabeza era una pregunta: "*¿Pero es que todo el mundo se casa menos yo? ¿Pero es que cualquiera, incluida la hermana del quiosquero, tiene acceso al amor matrimonial menos yo?*"

La verdad es que no conocía de nada a esa buena mujer, pero comenzaba a tomarle antipatía pues era evidente que se había suscrito, como casi todo el mundo, a ese latiguillo con el que los cuentos infantiles terminan siempre*: "y al final se casaron, fueron felices y comieron perdices"*. Y esta frase, a estas alturas de la vida, siempre despierta inquietudes en nosotros los solteros y solteras.

Así que continuaron las preguntas sin respuestas: "*¿Es que no existe otra forma razonable para que las personas organicen su existencia? ¿Es que la soltería es tan mala?*"

Pues la verdad, ahora que lo pienso bien, he de reconocer que yo no vivo nada mal sobre todo comparado, precisamente, a mis amigos casados. No tengo pañales que quitar, ni malas noches que padecer por niños llorones. Tampoco he de soportar caras de reproche de la cónyuge por tomar cerveza o ver futbol por televisión, o por no cerrar la tapa del wáter o ver películas del oeste. Y ellas, a su vez, no tienen que soportarnos a nosotros y a nuestras íntimas peculiaridades. Y, sobre todo, nos unimos con otras personas sólo cuando nos apetece, pero no como producto de una obligación diaria. "*En realidad* –pensé– *no está nada mal*".

Pero, a pesar de estas irrefutables ventajas de la soltería, por un momento me asaltó la preocupación de que a lo mejor continuando soltero jamás conocería el amor.

Este pensamiento me dejó desazonado y maldije, una vez más, al quiosquero por no haberme provisto del periódico deportivo. Si hubiese cumplido con su obligación seguro que yo estaría ocupado en otros temas más importantes, como el último penalti clarísimo y no cobrado por el árbitro a mi equipo favorito. Pero me tenía que resignar. No tenía el dichoso periódico y no podía evitar tener recuerdos continuos y malévolos sobre el quiosquero y su

hermana. En definitiva, la ausencia de lectura me llevó a preocuparme por la duda de si el amor sería algo vedado para mí.

Y de pronto me di cuenta: ¡Pero que estupidez estaba pensando! ¡Claro que he tenido la experiencia de conocer el amor! Lo he sentido por mis padres y hermanos, por amigos, por un perro, por un equipo de futbol y por una antigua novia. Por ese orden.

"¡Fuera depresión!" —me dije—. *"¡Claro que conozco la dicha incierta del amor!"* Esto es una verdad incuestionable, pero entonces me dio por preguntarme qué es eso del amor. Confieso que sigo sin saber en qué consiste a pesar de haberlo experimentado.

¡Qué complicada se vuelve la vida cuando se piensa más de la cuenta por no tener cosa mejor que hacer!

La incertidumbre que esta interrogante creaba me llevó a la convicción de que había llegado el momento de recurrir a Zoilo. Como usted sabe éste lo conoce casi todo por tantos libros que lee, y esos conocimientos suelen ser de gran utilidad para mí, aunque a veces no entienda todo lo que dice. Bueno, casi nada.

Miré el reloj no fuese a ser temprano para mi amigo. Resolví que era buena hora para llamarlo por el celular.

— Buenos días —dije al oír su voz.

— Buenos días –dijo al oír la mía.

— ¿Estas despierto?

— Espero que sí, pues si no es así será que estoy en medio de una pesadilla donde alguien me llama muy temprano.

— Discúlpame, pero necesito preguntarte algo urgente que me inquieta, quema y angustia.

— ¿A estas horas de la mañana?

— Sí

— ¿Qué?

— El amor, pues no sé qué cosa es.

Intuyo que se bloqueó, ante la pregunta realizada como un disparo a bocajarro, porque se produjo un largo silencio. Prudentemente lo dejé trascurrir hasta que, pareciéndome demasiado dilatado, me preocupó que le hubiese pasado algo; o, mejor, que se hubiese vuelto a dormir.

Pregunté:

— ¿Estás ahí?

Tras otro momento de silencio, le escuché contestar:

Desmayarse, atreverse, estar furioso,
áspero, tierno, liberal, esquivo,
alentado, mortal, difunto, vivo,
leal, traidor, cobarde y animoso.

No hallar fuera del bien, centro y reposo.
Mostrarse alegre, triste, humilde, altivo,
enojado, valiente, fugitivo,
satisfecho, ofendido, receloso.

Huir el rostro al claro desengaño;
beber veneno por licor suave,
olvidar el provecho, amar el daño.

Creer que un cielo en un infierno cabe;
dar la vida y el alma a un desengaño.
Esto es amor, quien lo probó, lo sabe.

¡Dios mío! Me quedé helado. Jamás había oído unos versos tan rotundos, y menos recitados por alguien recién despertado.

— ¡Qué bárbaro! —No pude menos que exclamar— ¿Lo acabas de inventar así sobre la marcha; sin más…?

— Es un soneto de Lope

— ¿Qué Lopez? ¿Lo conozco?

— Lopez no. Lope —precisó, para después continuar detallando—. Las terminaciones en Z de apellidos españoles significan hijo de…

Le interrumpí pues mi mente tuvo una repentina iluminación.

— ¡Ya entiendo por qué el apellido de tantos políticos termina en Z!… Hijos de…

— Podría ser. Bien pensado –aprobó, aunque después me pareció notar un cierto sarcasmo en su voz–. Pero la cuestión es que Lopez, antiguamente, significaba hijo de Lope, como Sanchez hijo de Sancho, o Martínez hijo de Martin.

— Vale. Quedamos entonces en que el autor de esos versos sobre el amor se llama Lope.

— Sí. Lope de Vega

— Pues no, no recuerdo haberlo visto —precisé tras intentar hacer memoria durante un instante.

— Es difícil que lo conozcas personalmente –dijo suavemente, aunque me pareció detectar de nuevo un ligero toque irónico–. Como no hayas nacido hace más de trescientos años, es complicado que hayas coincidido con él en tus paseos por el parque.

Comprendí la broma y se la alabé por teléfono. Era evidente, yo no podía conocer a ese tal Lope pues este era muy viejo, y con ello Zoilo había hecho un chiste a mi costa. Él es así, y aunque no sé si se ríe conmigo o de mí, pelillos a la mar, y fui a lo que me interesaba.

Le expliqué lo que me había pasado con el periódico y la responsabilidad que en ese hecho tenía la boda de la hermana del quiosquero.

— ¿Tú crees que tanto tú como yo, que somos solteros, estamos equivocados pues de viejecitos si no nos casamos nadie nos amará y cuidará?

— Qué más da –respondió–. Cuando seas viejo, casado o sin casar, tendrás que ir a una residencia de mayores para que te cuiden, a no ser que tengas dinero suficiente para pagar cuidados en tu propia casa. Los hijos, actualmente, tienen que trabajar para pagar sus hipotecas y no podrán cuidarte; lo más que podrán hacer será visitarte los domingos. La costumbre de las familias cuidándose unos a otros terminó hace bastantes años. Pertenece a esa época en que la mujer no trabajaba fuera de casa y todos los miembros de una familia vivían juntos.

— Pues casi todo el mundo se sigue casando, y eso será por algo…

— Sí, por inercias de la costumbre –contestó, para después continuar–. Mira, la mujer tiene una inteligencia social superior a la del hombre. Ahí está parte de la explicación. Y otra parte es que ellas saben perfectamente combinar las ventajas del mundo antiguo, incluyendo las grandes fiestas de las bodas que les encantan por aquello del final de los cuentos; y las del actual, consiguiendo la misma libertad sexual que el hombre.

— ¿Quieres decir que son más lista?

— Quiero decir que tienen gran capacidad para adaptarse a los tiempos y sobrevivir a los cambios mejor que nosotros.

— ¡Ya…!

— Préstame unos minutos de tu vida y te lo aclaro recordando un poco la historia.

— Ah, gracias. Me encanta la historia.

— Pues escucha. Cuando el hombre vivía en las cavernas la mujer dependía para su subsistencia, y la de su prole, de que el cazador volviera con ella. La seguridad alimentaria era el elemento esencial que motivaba sus comportamientos, y para conseguirla intentaba parecer lo más atractiva posible y convertirse en una promesa de placer sexual exclusivo para el varón que regresaba del trabajo trayendo el sueldo a casa, en forma de antílope muerto.

Incluso esa necesidad de seguridad le llevaba a hacer la vista gorda si su hombre tonteaba con alguna vecina de otra cueva. Así que era tan fundamental parecer atractiva a la mirada del hombre que la proveía de alimentos que, a cambio, debía resignarse con sus infidelidades. Ella intentaba ser, o al menos parecer, mujer de un solo hombre con el fin de no perder a este, mientras él se divertía de vez en cuando con alguna otra.

Hizo una pausa, y continuó.

— Pero después llegó la época del Imperio Romano. Fue una larga etapa de progreso y seguridad, y la mujer ya no necesitaba al hombre para alimentarse. Con su inteligencia social lo comprendió y exigió un rol igual al de ellos. Se acabó la resignación de soportar infidelidades del marido y la exclusividad en los amores. Querían los mismos privilegios, incluidas aventuras amorosas. De ahí nacieron los amantes, las orgias, el manejar sus caudales propios y entrar en la política, deportes…En definitiva, comenzaron a divertirse disfrutando de todo lo que hasta entonces habían sido campos típicos masculinos. Es muy ilustrativa al respecto la frase que circulaba por aquellos tiempos y que decía: *"Los hombres romanos que gobiernan el mundo, son los únicos hombres del mundo que son gobernados por sus mujeres"*.

Yo estaba extasiado oyéndole. ¡Hay que ver todo lo que se aprende con este hombre!

— Después llegó la edad media –continuó Zoilo—. De nuevo todo fue inseguridad, incultura, miseria y hambre. La mujer volvió de nuevo a sus comportamientos de las cavernas. Así que no sería hasta la llegada del siglo veinte, es decir hace apenas unos años y solo en occidente, cuando vuelve a exigir, y conseguir, el mismo estatus del hombre en todos los sentidos, porque estamos atravesando otra etapa de cierta prosperidad y aparente seguridad.

— ¡La leche. Son muy listas!

— Claro, y el hombre cede porque es más torpe y porque no puede vivir sin la promesa de placer que el cuerpo de la mujer representa. Y ellas, que lo saben, naturalmente lo aprovechan. Así que, por un lado, la mujer mantiene viva la antigua costumbre de conseguir un marido para que le acompañe al

altar el día de la boda vestida de blanco, como en los cuentos, y que después le resuelva las chapuzas caseras; y a eso llamamos matrimonio. Pero, por otro, quiere ser mujer romana con relaciones múltiples, el control de su economía, acceder a puestos que hasta hace poco eran exclusivos de los hombres, y con todo ello consigue crearnos a nosotros complejos de inferioridad que tratamos de resolver con esteroides en los gimnasios. Al menos intentamos que nos quede la apariencia de ser más fuertes físicamente que ellas, ya que tenemos perdida la batalla de la inteligencia.

Yo intentaba asimilar lo que Zoilo decía, pero mi impresión es que nos habíamos perdido por el camino de la historia. Al menos yo me había perdido. Es por ello que intenté que volviera a mis inquietudes básicas.

— En definitiva, desde el punto de vista del amor, cuál es el mejor estado civil para mujeres y hombres... ¿Solteros, casados para siempre, casados varias veces, rejuntados, divorciados, viudos…?

— Cualquiera –respondió, para después continuar–. Mira, mientras no encontremos mejor respuesta el único objeto de la vida es el disfrute de la misma, por más que costumbres sociales y Estados intenten impedirlo. En ella cada cual debe escoger su propio camino, ya que la vida es un hecho individual y depende de la actitud de cada persona el disfrutarla, o el convertirla en sufrimiento al sumergirse en un perpetuo estado de melancolía por desear siempre justo aquello que no tiene, lo que le impedirá ver las virtudes de lo que tiene.

— ¿Y la experiencia de tener hijos? ¿Nos la perdemos los solteros? –pregunté inquieto–. Además, si no los tenemos la raza humana terminará desapareciendo.

— En primer lugar, si lo deseas ¿por qué hay que estar casado para tener hijos? ¿Cuál es el problema para ello? –Y continuó– En cuanto a lo segundo, antes o después desaparecerá el género humano. Pero mientras eso llega te aconsejo que no te dediques a cargar sobre tus espaldas la responsabilidad de la preservación de nuestra especie. Bastante tiene cada cual con intentar ser feliz, que es la mayor obligación que tenemos las personas al nacer. Por otra parte –terminó la reflexión–, te aseguro que si el hombre desapareciera el

Universo seguiría su majestuoso camino sin echarnos de menos.

Al final creo que, por esta vez, entendí bastante bien las detalladas explicaciones de Zoilo, y ellas me conducen a la convicción de que en cualquier tipo de vida es posible encontrar el amor; que ningún estado social garantiza la felicidad y, por tanto, como lección para aplicármela a mí mismo pensé: *"¿por qué ser infeliz permitiendo que los demás escojan el camino de mi vida, cuando puedo ser infeliz escogiéndolo yo mismo?"*

Por un instante quedé sumido en profunda meditación intentando entender toda la extensión de este pensamiento que se me acababa de ocurrir. Después no pude menos que exclamar *"¡Joder, que nivel! ¡Cómo voy aprendiendo de las cosas de Zoilo!"*

Creo que usted estará de acuerdo conmigo si piensa bien esa frase. ¡Es muy elevada! Me salió así de repente, por intuición. Yo la voy comprendiendo poco a poco.

Seguro que comparte conmigo que si dicha frase la hubiese pronunciado algún personaje importante pasaría a la historia, como, por ejemplo, sucede con "*llegué, vi y vencí*", que me parece dijo un general llamado Casanova tras visitar a una condesa, cuando hablaba con unos amiguetes presumiendo de su aventura amorosa. O esta otra: *"Nunca tantos debieron tanto a tan pocos"*, que pronunciamos diariamente los pocos que pagamos impuestos en este país en referencia a los muchos parásitos que se benefician de ellos. O aquella otra que dice: *"Quien obra puede equivocarse, pero quien no hace nada ya está equivocado"* Que ni sé de quién es, ni qué significa, pero me gusta.

EM Ariza